

GENIALIDADES

José Carlos Canalda



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
LA LÁMPARA	3
UN DESEO FALLIDO	10
NO SIRVIÓ DE MUCHO	11
ERROR SEMÁNTICO	12
ALADINO Y LA LÁMPARA FASTIDIOSA	14
EL HOMBRE CON RAYOS X EN LOS OJOS	22
LA VERDADERA HISTORIA DE ALADINO Y LA LÁMPARA	
MARAVILLOSA	25
NUNCA TE FÍES DE UN GENIO	28
¡FUERA DE MI LÁMPARA!	33

PRESENTACIÓN

Una variante muy socorrida de la literatura fantástica es la relacionada con cualquier tipo de posesiones infernales, incluyendo claro está la tradicional venta del alma al diablo, de la cual el ejemplo literario más significado es probablemente el doctor Fausto... sin olvidarnos tampoco de nuestro castizo Diablo Cojuelo, popularizado en el Siglo de Oro por el escritor Luis Vélez de Guevara.

Yo, la verdad, me he dejado guiar más por este último que por el antipático Mefistófeles, por lo que en estos relatos les será fácil encontrar un tono, digamos, irónico o satírico, a la par que -al menos eso he pretendido- divertido. He incluido también en esta sección, de ahí su doble título, los cuentos relacionados con genios y lámparas maravillosas dado que su temática es relativamente similar, el afán humano por saltarse las leyes de la naturaleza invocando a los poderes superiores, sean éstos demoníacos o simplemente sobrenaturales, como son los genios.

José Carlos Canalda

LA LÁMPARA

Hace tan sólo unos años Paco el *Chirla* hubiera sido simplemente un vago o un maleante; pero hoy, a tenor de las nuevas corrientes sociales, es un honroso marginado... Cambio éste, dicho sea de paso, que no ha supuesto la menor alteración en su tradicional modo de vida, que continúa siendo exactamente el mismo desde hace más de veinte años. Paco, de hecho, malvive gracias a sus trapicheos y cambalaches oficiando normalmente de traperero, circunstancialmente de descuidero y, cuando la necesidad aprieta, de traficante de drogas en pequeña escala; eso sí, huyendo siempre de la violencia ya que él es, y se siente orgulloso de ello, uno de los pocos que van quedando de la vieja escuela, muy escasos ya frente a una nueva ola que recurre a la menor ocasión a la navaja o a la pistola... Los tiempos cambian, pero Paco no.

Transcurría el mes de agosto. En aquella calurosa época la gran ciudad estaba semidesierta y el *Chirla*, bastante conservador en todo lo que se refería a sus hábitos, había renunciado a trasladarse temporalmente a la bulliciosa costa mediterránea prefiriendo sobrevivir, como lo hacía siempre, a costa de los inmensos desechos vomitados por la metrópoli en cuyos arrabales vivía. Lo que para muchos era tan sólo basura para él representaba un auténtico tesoro del cual vivía y en el que había llegado a encontrar, en una ocasión, hasta una gruesa pulsera de oro. En realidad bastaba con hacer caso omiso de los posibles escrúpulos introduciéndose sin miedo ni asco entre los grandes montones de detritus... Y hacía ya mucho que Paco había dejado de preocuparse por la sensibilidad de su tacto o de su olfato.

Aquella mañana, al igual que cualquier otra, Paco abandonó su chabola apenas hubo despuntado el sol estival, a una hora en la que ni las emanaciones ni las ratas hacían demasiado molesto su trabajo. Armado con un viejo saco de arpillera y una larga y resistente barra metálica como únicas herramientas, se dirigió hacia el cercano basurero en busca de su sustento diario. Normalmente en verano solía disminuir el volumen de basura depositada a causa de las vacaciones, pero en compensación era posible encontrar mejores botines debido a las obras de reforma que muchas fábricas y oficinas acostumbraban a realizar aprovechando el descanso de sus empleados.

Maestro en la labor debido a su ya larga experiencia, el *Chirla* comenzó a hurgar con su vara en los nuevos montones depositados durante la noche, extrayendo de vez en cuando algún que otro objeto interesante que introducía rápidamente en su mugriento morral. Sin embargo, no era un buen día; tras varias horas de trabajo el calor comenzaba a apretar y el hedor comenzaba a ser insoportable incluso para su embrutecida pituitaria, por lo que pronto tendría que retirarse sin más botín que unos cuantos kilos de chatarra, algo de aluminio (principalmente latas de bebida) y un desportillado tostador con el cable cortado. Por si fuera poco un afilado trozo de vidrio le había producido un respetable corte

en la mano izquierda y, si bien a Paco no le preocupaba lo más mínimo la posibilidad de una infección, lo cierto era que le dolía bastante.

Iba el *Chirla* por la vigésimo cuarta maldición en el último cuarto de hora cuando su instrumento de trabajo chocó con algo que emitió un sonido metálico. El oído del trapero era finísimo y el ruido no le pasó desapercibido, por lo que rápidamente apartó los montones de basura que cubrían el objeto descubriendo instantes después una sucia y abollada lámpara de aceite.

Evidentemente se trataba de un objeto de adorno; nadie se alumbraba ya con tales antiguallas, y hasta el *Chirla* utilizaba *modernas* velas para vencer la oscuridad de su mísera vivienda. Enjugándose el abundante sudor que le perlaba el rostro con el dorso de su mano buena, Paco estudió con ojos profesionales su deslucido trofeo: Quizá Nemesio, el quincallero, le diera por ella una buena cantidad, y si no siempre podría venderla como chatarra; últimamente el latón se estaba pagando bastante bien.

Porque era latón. Esta vez no le engañaría el ladrón de Nemesio, y si no iría a ver al *Tío Tripa*; todo antes que malvender su pequeño tesoro. Hacía mucho tiempo que no cogía una buena borrachera, y ya iba siendo hora de que lo hiciera. Pero estaba tan sucia la dichosa lámpara... Rezonando para su interior, el *Chirla* se sacó un faldón de la sucia camisa e intentó limpiar -es un decir- la desportillada lámpara.

Paco el *Chirla* no era un hombre miedoso y eso lo sabía todo el vecindario; pero una cosa era eludir a la policía o enfrentarse a los niñatos de la banda del *Caracortao* y otra muy distinta encontrarse con una lámpara que no hacía más que echar humo y más humo...

La soltó como si de una víbora venenosa se tratara; pero aunque su mente ordenaba desesperadamente la huida, sus piernas se negaban en redondo a obedecer... Y mientras tanto, la condenada lámpara no dejaba de soltar humo.

Segundos después los atónitos ojos del paralizado *Chirla* veían cómo la nube se condensaba adoptando una forma vagamente humana que poco a poco adquiría solidez convirtiéndose en la fornida figura de un gigante de rasgos orientales y más de tres metros de altura, con una envergadura a tono con su talla. A pesar de todo lo que le echara en cara Rosa la *Pasmá* cada vez que se acercaba a ella (aunque en el fondo estaba convencido de que la única razón para su rechazo era que él no tenía ni un duro), el *Chirla* se consideraba una persona inteligente... Cada vez que podía iba a la terraza de verano del barrio, y recordaba que hacía un par de años había visto allí *El ladrón de Bagdag*; por ello, se sintió plenamente orgulloso cuando, a pesar de su irresistible miedo, se dirigió al genio (porque era un genio, de eso no cabía la menor duda) sin esperar a que éste rompiera su silencio.

-¡Tú eres un genio! -exclamó atropelladamente; y tras recobrar el aliento, continuó- ¡Y me tienes que conceder tres deseos!

-Bueno, por lo menos éste ha ido al grano. -suspiró el gigantón con alivio- Estás en lo cierto, amo y señor. ¿Cuál es el primero de ellos?

-Repentinamente sorprendido por su éxito, el *Chirla* se quedó sin saber qué decir... Pero él había sido siempre un hombre de reacciones rápidas, por lo que apenas unos segundos después respondió sin titubear.

-Quiero comer... Y beber. La mejor comida que nunca se haya hecho, y en tanta cantidad que pueda estar comiendo hasta reventar. ¡Y rápido! -apremió.

-Tus deseos son órdenes, mi amo. -fue la escueta respuesta.

Sin saber cómo pudo haber ocurrido, el *Chirla* se encontró súbitamente en el interior de su destartalada vivienda. El genio había desaparecido sin dejar rastro, pero esto no le importaba ahora lo más mínimo porque prácticamente todo el espacio útil de la chabola se encontraba ahora ocupado por una enorme mesa repleta de los más exquisitos manjares... O al menos eso le parecía, dado que muchos de ellos le resultaban completamente desconocidos.

Huelga decir que el afortunado trapero se lanzó sobre la apetitosa comida y el no menos atractivo vino como si su estómago llevara al menos una semana en huelga de hambre; lo cual, en el fondo, no se encontraba demasiado alejado de la realidad. Y, aunque tuvo ciertas dificultades con alimentos tales como los percebes o el caviar, acabó vencéndolas merced a su demostrada habilidad en la práctica del método del ensayo y error. Jamás en su vida había comido tanto y tan bueno y, cuanto más comía, más y más exquisitas viandas aparecían misteriosamente sobre la atiborrada mesa, circunstancia ésta que no le preocupaba lo más mínimo.

Pero la resistencia humana siempre tiene un límite, y el tragaldabas del *Chirla* no tardó demasiado en alcanzarlo. Ahíto por completo de comida y bebida, e ignorante del viejo truco consistente en provocar los vómitos para poder así continuar con el ágape, el bueno de Paco acabó derrumbándose víctima de un sopor irrefrenable.

Cuando despertó, ignorante por completo del tiempo transcurrido, comenzaba a anochecer y la suave luz rojiza del ocaso se introducía por las rendijas de la chabola iluminando débilmente su interior, ahora vacío de nuevo. Tras vacilar unos instantes tratando inútilmente recordar su pasado más inmediato, Paco el *Chirla* intentó incorporarse de su duro jergón sintiendo como si la totalidad de la flota de los camiones de la basura, que eran los vehículos de mayor tamaño que él conocía, le hubiera pasado por encima repetidas veces, tal era el estado en el que se encontraba su dolorido cuerpo.

Evidentemente la falta de costumbre había hecho que el atracón no le sentara demasiado bien.

Girando penosamente la cabeza en un intento de luchar contra el lacerante dolor que martilleaba en el interior de su cráneo, pudo atisbar al fin la vieja y ahora valiosa lámpara, arrumbada en un rincón de la chabola. Durante un instante le invadió la tentación de pedir al genio que suprimiera todas las molestias que laceraban su cuerpo; pero esto consumiría uno de los dos deseos restantes, y él tenía otros planes más ambiciosos. Por esta razón, y aplicando el conocido refrán que afirma que un clavo saca a otro clavo, se levantó lentamente tratando de dirigirse hacia el lugar en el que se encontraba su preciado tesoro.

Sin embargo, su debilidad era francamente preocupante tal como pudo comprobar al tenerse que apoyar en la pared para no caer de bruces al suelo; de hecho, tan sólo recordaba haberse encontrado así con ocasión de la paliza que le propinaron aquellos gitanos del clan del *Jetasucia*; era un extraña borrachera, sin duda, pero teniendo en cuenta la diferencia abismal que existía entre la porquería aguada de la taberna del *Tío Pellejos* y los exquisitos vinos que había bebido hasta hartarse...

Encogiéndose estoicamente de hombros, el debilitado *Chirla* se arrastró como buenamente pudo hasta que pudo alcanzar la lámpara. Evidentemente, en esta ocasión no se asustó lo más mínimo ante la espectacular aparición del genio.

-¿Te complació la comida, mi amo? -preguntó afectuosamente éste a guisa de saludo.

-¡Oh, no estaba mal! -respondió torpemente tratando de adoptar un aire de indiferencia que no era en modo alguno capaz de sentir- Pero ahora quiero que me concedas el segundo deseo.

-Eres persona de decisiones rápidas. -concedió el sobrenatural ser- Dime qué deseas.

-Quiero una mujer. Y que sea muy guapa.

-Me temo, mi amo, que...

-¿Intentas acaso desobedecerme? -explotó el trapero, celoso de que se pusiera en duda su potestad.

-¡Oh, mi amo, nada más lejos de mi intención! -respondió conciliador el genio- Pero quiero hacerte presente que mi poder no es ilimitado.

-¿Acaso no puedes crear una mujer para mí?

-No lo que se entiende por una mujer; ninguna dificultad tendría en crear un cuerpo, pero me resultaría imposible alumbrar un alma.

-¿Y cómo sería el cuerpo? -preguntó ansiosamente el *Chirla* abriendo unos ojos como platos; obviamente, éste era el único factor que le interesaba.

-Tendría todos los atributos femeninos y estaría viva, por supuesto, pero carecería de mente por completo; no pensaría, y tampoco hablaría. Sería tan sólo un vegetal con forma humana.

-¿Y quién te ha pedido que hable, pedazo de animal? -explotó el trapero- No la quiero para discutir de fútbol ni de política, y con que sepa hacer lo que tiene que hacer será más que suficiente.

-Creo que ya te comprendo, mi amo, y en eso sí puedo complacerte. ¿Cómo la deseas?

-Pues... -titubeó; tantas facilidades eran mucho más de lo que hubiera esperado el sufrido *Chirla*- Rubia, con los ojos azules, y además que tenga...

La chica que apareció en la chabola reunía absolutamente todos los requisitos solicitados por Paco el *Chirla*... Y unos cuantos adicionales más. ¡Y qué requisitos! Paco solía ir siempre que podía, que no era tan a menudo como él quisiera, a casa de la *Chata*, y se consideraba ingenuamente un experto en mujeres; pero *Mimí* (la había llamado así en recuerdo de una chica que vio en una película) rompía absolutamente todos los moldes. ¡Qué chica!

Durante toda esa larga noche el feliz trapero se sintió como si estuviera en el mismo paraíso. Retozando con su *Mimí* en la mullida cama que había aparecido a la par de ella, Paco descubrió que, aunque la chica no hablaba ni puñetera falta que hacía, era tremendamente experta en otros menesteres infinitamente más interesantes conforme sus propios criterios.

A la mañana siguiente el *Chirla* despertó de nuevo en su nada confortable jergón. Estaba solo ya que tanto la chica como la cama se habían esfumado tan silenciosamente como antes habían aparecido; pero el recuerdo de la noche pasada continuaba fresco en su memoria sin que tuviera que hacer ningún esfuerzo para recrearse en tan placentera experiencia. Además, se encontraba mejor que nunca al haber desaparecido todos sus dolores.

Sin embargo, las cosas comenzaron a no ir tan bien desde el momento en el que Paco intentó levantarse; no se trataba en esta ocasión de una sensación de debilidad similar a la que tuviera a raíz de su primer deseo, sino de la imposibilidad total y absoluta de mover un solo músculo de su desfallecido cuerpo. Y esto, como era natural, le alarmó. Levantando la cabeza con un enorme esfuerzo, observó que la providencial lámpara se encontraba a su lado, hecho éste que tuvo la virtud de tranquilizarlo. Aún le quedaba un

deseo, y aunque su intención hubiera sido la de pedirle al genio un buen montón de dinero, ahora se veía abocado a solicitar algo mucho más pragmático y necesario.

Le llevó varios minutos poder alcanzar la lámpara, pero cuando finalmente apareció el genio se sintió aliviado al pensar que su extraña inmovilidad iba a desaparecer definitivamente. Lástima de deseo desperdiciado... Pero la salud era lo primero.

-Cúrame. -exigió al genio una vez éste se hubo materializado.

-Imposible, amo.

-¿Cómo que imposible? -de haber podido incorporarse a buen seguro que Paco hubiera intentado estrangular a su interlocutor- ¿Te niegas a obedecerme?

-No, mi amo; simplemente, no puedo hacerlo.

-¿Por qué? -gimió con desconsuelo.

-Ya te dije que no soy omnipotente. Todos mis poderes están limitados por las leyes físicas.

-¿Qué leyes físicas? -evidentemente estas palabras no decían mucho al iletrado trapero.

-La ley de conservación de la energía, fundamentalmente. -explicó el genio- Yo no puedo crear cosas de la nada, y para materializar los deseos que tú me pediste tuve que tomar energía de alguna parte.

-Y la tomaste de mí, maldito. -Paco no entendía gran cosa de energías y absolutamente nada de física, pero intuía que debía existir alguna relación entre la lámpara y su actual debilidad.

-¿De dónde la iba a tomar si no? -preguntó a su vez, con un tono de sorpresa en su voz, el gigantesco ser.

-¡De cualquier otro lado, maldita sea! -sollozó el *Chirla*- De cualquier sitio menos de mí.

-No tenía posibilidad de hacerlo de otra manera, mi amo. -se disculpó el genio- No me está permitido establecer flujos abiertos de energía, ya que ello podría provocar graves alteraciones en las leyes de la entropía.

-¡Maldita sea toda esa jerga! -era evidente que el infeliz trapero no había entendido una sola palabra de la explicación- Entonces, ¿cómo podría haberme beneficiado con los deseos sin salir perjudicado por ellos?

-Era muy sencillo, mi amo. -respondió calmadamente el genio- Bastaba con que me hubieras pedido algo que, consumiendo muy poca energía, pudiera rendir grandes beneficios... Muchos me han solicitado el resultado de la quiniela de la semana siguiente o el gordo de la lotería de navidad; otros más refinados quisieron que les indicara cuáles eran las mejores acciones para invertir en bolsa; y hace varios siglos solía ser bastante habitual que yo informara a mis amos sobre la localización de tesoros ocultos o, incluso de minas de oro o piedras preciosas.

-¿Y por qué no me lo dijiste antes? -le espetó con amargura el *Chirla*- ¿Por qué no lo hiciste?

-Porque no me lo preguntaste. -fue la escueta respuesta.

-¡Vete al infierno! -exclamó el *Chirla* con sus últimas fuerzas, sin caer en la cuenta de que aún le quedaba un deseo.

-Esto es precisamente lo que he estado deseando durante varios milenios. -respondió el genio con evidente satisfacción- Gracias, mi amo, por permitirme acabar con mi destierro.

Y dicho esto desapareció sin dejar rastro llevándose con él la lámpara que durante tanto tiempo le sirviera de obligada residencia.

Dos días más tarde Francisco García Pérez, más conocido en su barrio como Paco el *Chirla*, ingresaba en el hospital víctima de una desnutrición extrema; al menos durante varios meses pudo comer caliente todos los días. Todavía hoy, totalmente recuperado de su amarga experiencia, suele lamentarse con frecuencia de su mala suerte... Pero lo que nunca ha comentado a nadie, ni siquiera al *Chuchurrío* que es su mejor amigo, es lo que le aconteció con la maldita lámpara; y es que le han dicho que en los sanatorios psiquiátricos no se vive nada, pero que nada bien.

UN DESEO FALLIDO

No, no puede decirse que Juan Sánchez Pérez, más conocido como el *Morcilla*, sea un tipo de suerte; toda una vida sobreviviendo de mala manera en los suburbios de la gran ciudad y, cuando un buen día encuentra una lámpara maravillosa, desperdicia totalmente la ocasión...

Claro está que el pobre tiene la mala costumbre de lanzar una exclamación siempre que algo le sorprende, y lamentablemente ésta suele ser “*¡Que el diablo me lleve!*”

Naturalmente, no ha tenido todavía ocasión de solicitar ninguno de los dos restantes deseos; y es que, desde hace milenios, los genios nunca han tenido la menor influencia sobre los asuntos infernales.

NO SIRVIÓ DE MUCHO

Luis Ramírez era una persona muy, pero que muy ambiciosa. Por ello, no es de extrañar que, cuando encontró una lámpara maravillosa, no dudara ni un solo instante a la hora de solicitar su primer deseo.

-Quiero tener el mundo en el bolsillo -pidió.

Lamentablemente, esto no le sirvió de mucho; realmente, es muy poco el provecho que se puede sacar de un planeta que mide únicamente unos ocho centímetros de diámetro.

ERROR SEMÁNTICO

Juan C. es un hombre de mediana edad que llevaba una vida de lo más normal. Funcionario medio sin grandes responsabilidades ni grandes agobios en su trabajo, casado a los veintisiete años con su novia de toda la vida, padre de dos hijos (chico y chica) que no destacaban especialmente ni por sus virtudes ni por sus defectos, sin grandes vicios y casi también sin pequeños, bien podía decirse que Juan C., si no feliz, sí al menos se encontraba razonablemente satisfecho con el discurrir cotidiano de su existencia.

Sin embargo... Su mujer, excelente ama de casa y perfecta madre para sus hijos, adolecía de un defecto que a Juan C. le resultaba cada vez más molesto: Aunque en realidad ella nunca había sido especialmente atractiva, sino más bien todo lo contrario, conforme pasaba el tiempo cada vez se volvía más gorda y más fea... Y por supuesto, más vieja. A Juan C. siempre le habían gustado las mujeres bonitas, pero su sólido concepto de la fidelidad conyugal, reforzado eso sí, por su cobardía congénita frente a todo cuanto tuviera que ver con mujeres, siempre le había impedido correr alguna *aventurilla* a espaldas de su media naranja.

Todo ello habría de cambiar radicalmente el día en que Juan C., por circunstancias que no vienen a cuento dado que alargaría innecesariamente la narración, encontró una lámpara mágica de la cual, previo frotamiento tal como mandan los cánones, surgió el consabido genio que, agradecido por haberle liberado de su encierro, le prometió amablemente la concesión de los tres consabidos deseos.

Y aquí comenzaron los problemas para el bueno de Juan C., ya que su torpeza al hablar (de hecho su mujer le estaba recriminando constantemente la tosquedad de su vocabulario) unida a un trasnochado prurito de fidelidad conyugal se conjugaron para jugarle una mala pasada.

-“*Quiero que mi esposa se convierta en la mujer más buena del mundo*” -dijo más o menos textualmente.

Y el genio obedeció al pie de la letra transformando a su compañera conforme a las instrucciones recibidas, antes de desaparecer para siempre una vez liberado de sus compromisos. Lamentablemente los genios son algo duros de mollera y acostumbran a no comprender demasiado bien las sutilezas y los dobles sentidos del lenguaje, por lo que éste interpretó el significado del adjetivo "*buena*" de forma distinta a como lo había concebido Juan C. En consecuencia, lejos de mejorar físicamente a su esposa se limitó a transformarla moralmente.

¡Pero qué transformación! Desde entonces han transcurrido ya varios años y la esposa de Juan C. se ha convertido en una celebridad mundial que muchos comparan ya incluso

con la madre Teresa de Calcuta, habiendo sido nominada en varias ocasiones como candidata al premio Nobel de la Paz. Convencida de que ella se debía a la humanidad y de que era completamente egoísta preocuparse tan sólo por su marido y sus hijos, había abandonado el domicilio conyugal para dedicarse a recorrer varios países del Tercer Mundo prestando siempre su ayuda a los más necesitados.

Actualmente ella se encuentra en algún país africano, cuyo nombre Juan C. ha olvidado, supervisando la construcción de un hospital, y más adelante proyecta desplazarse a la India o, quizá, a Centroamérica; todo dependerá de quienes sean entonces los más necesitados. Mientras tanto su abandonado esposo se consuela como buenamente puede lamentándose de su estupidez, ya que por haber gastado previamente los otros dos deseos se ve imposibilitado de corregir su error.

¿Cuáles fueron esos otros dos deseos? Se preguntarán. Bien, Juan C. había pensado muy razonablemente que si su mujer se revestía de tan importantes atributos él también debería estar a su altura, por lo que invirtió el primero de ellos en conseguir una situación económica desahogada y el segundo en alcanzar una potencia sexual acorde con las que preveía habían de ser sus nuevas responsabilidades.

Así pues, y aunque oportunidades no le faltan (poderoso caballero es Don Dinero), sus antiguos escrúpulos, unidos a sus nuevas responsabilidades como amantísimo esposo de tan respetable mujer, le condicionan tanto que sigue sin atreverse a serle infiel, con el agravante de que sus necesidades digamos... fisiológicas son ahora mucho mayores y en consecuencia mucho más difíciles de soportar.

La única solución a sus problemas, piensa resignado, pasa por encontrar una nueva lámpara mágica, pero no ignora que semejante circunstancia es muy difícil que se vuelva a repetir puesto que los genios son cada vez más escasos y se encuentran además muy solicitados.

ALADINO Y LA LÁMPARA FASTIDIOSA

-Aladino, ¿qué es eso que traes ahí?

-¿Esto? -respondió el muchacho con disimulo, al tiempo que intentaba esconder tras la espalda la sucia lámpara de aceite que llevaba en la mano- No sé...

-¿Cómo que no lo sabes? -refunfuñó su madre, arrebatándosela con gesto de disgusto- Dijiste que volverías con una moneda de plata... y apareces con esa chatarra oxidada. ¿Acaso te crees que me regalan la comida en el mercado? Porque comer bien que te gusta, al contrario que trabajar.

-Madre, yo...

-¡Cállate, inútil, que no sirves para nada! -le recriminó la viuda con acritud- A falta de moneda intentaré vender este cacharro, o por lo menos cambiarlo por algo aprovechable. Eso sí, antes habrá que limpiarla, porque con esa costra de mugre no me darían ni los buenos días por ella.

Y uniendo la acción a la palabra, procedió a frotarla enérgicamente con un trapo, en un intento de sacarle brillo o, cuanto menos, de darle un aspecto algo más presentable.

Para sorpresa de ambos, de la boca de la lámpara brotó un surtidor de luz multicolor que, tras los primeros instantes de indefinición, acabó configurando una forma tridimensional -se trataba, como cabe suponer, de un holograma, aunque éste era un término que desconocían madre e hijo- el cual, lejos de adoptar una forma antropomorfa tal como hubiera cabido esperar, se reveló como un simple listado de texto, eso sí, muy adornado a la par que acompañado por una suave y repetitiva música de fondo.

Puesto que el mensaje estaba escrito en árabe Aladino, que pese a la pobreza de su familia, había ido durante algún tiempo al colegio, fue capaz de leérselo a su estupefacta progenitora.

“Bienvenido al nuevo servicio de atención al cliente del Sindicato de Genios de Lámparas y contenedores afines. -rezaba éste- Por favor, le rogamos que siga las instrucciones de este sistema de información automático.

- *Si quiere pedir un deseo, frote una vez la lámpara, tal como lo hizo anteriormente.*
- *Si prefiere acogerse a nuestra oferta especial de Tres por uno, frote dos veces la lámpara.*

- Si desea recibir información sobre nuestras promociones actuales, frote tres veces la lámpara.
- *Si desea abandonar el menú, aguarde durante quince segundos sin frotar la lámpara.”*

Tras dudar unos instantes, Aladino arrebató la lámpara a su madre, que persistía en su actitud absorta, y utilizando su propia manga la frotó enérgicamente dos veces; al fin y al cabo, se dijo, tres deseos siempre serían mejor que uno solo.

“Ha elegido usted la opción de Tres deseos por uno. -indicaba el nuevo mensaje luminoso que sustituyó al anterior- Por favor, indique el apartado que mejor se ajuste a su petición.

- *Si los deseos a solicitar son de índole material, frote una vez la lámpara.*
- *Si los deseos a solicitar son de índole inmaterial, frote dos veces la lámpara.*
- *Si no está seguro de si sus deseos pertenecen a uno u otro de los apartados anteriores, si pudieran pertenecer a ambos o si prefiere recibir más información al respecto, frote tres veces la lámpara.*
- *Si desea volver al menú anterior, aguarde sin frotar.”*

¿Materiales? ¿Inmateriales? -el muchacho dudaba- ¿Cuánto de material había en querer ser rico?

Por lo tanto, acabó frotándola tres veces, por si acaso.

De nuevo el festival de colores cabrilleó frente a su vista antes de estabilizarse con otro mensaje.

“Ha elegido usted la opción de recibir más información. Por favor, seleccione el apartado que mejor se ajuste a la petición de su primer deseo. Le recordamos que, conforme a la legislación vigente, no está permitido realizar peticiones que pudieran acarrear daños o perjuicios, directos o indirectos, a terceras personas, así como tampoco serán atendidas aquellas que supongan una violación de las leyes nacionales o internacionales o involucren mercancías prohibidas tales como drogas, armas, explosivos y materiales radiactivos, químicos o biológicos potencialmente peligrosos. Asimismo tampoco está permitido suministrar a los menores de edad, aun con consentimiento paterno, cualquier tipo de bebidas alcohólicas, tabaco o material pornográfico. Quedan expresamente excluidas todas aquellas peticiones que pudieran entrar en conflicto con las leyes físicas, naturales o biológicas, tales como la inmortalidad, la eterna juventud, las

capacidades parapsicológicas (precognición, telepatía, telecinesis, artes adivinatorias...) o cualquier tipo de superpoderes.

- *Si desea dinero, riquezas o fortuna en los juegos de azar, frote una vez la lámpara.*
- *Si desea viajes, viviendas, vehículos (excepto los militares), joyas o vestiduras, frote dos veces la lámpara.*
- *Si desea poder (incluyendo cargos políticos), éxitos (empresariales, deportivos, teatrales y/o cinematográficos, musicales, artísticos, literarios, culturales o intelectuales) o fama (incluyendo la prensa rosa), frote tres veces la lámpara.*
- *Si desea amor, sexo (sólo para mayores de edad) o amistad, frote cuatro veces la lámpara.*
- *Si desea mejorar de salud, sanar enfermedades (incluyendo las incurables), mejorar su aspecto físico o potenciar su inteligencia, frote cinco veces la lámpara.*
- *Si desea alimentos, bebidas o cualquier otro tipo de sustancias susceptibles de ser ingeridas o inhaladas, frote seis veces la lámpara.*
- *Si desea cualquier otro tipo de otros bienes materiales perecederos, frote siete veces la lámpara. En caso de tratarse de animales vivos, se advierte que quedan excluidas tanto las especies protegidas o peligrosas, como las extintas o imaginarias.*
- *Si su deseo no se ajusta a ninguno de los apartados anteriores, frote ocho veces la lámpara.”*

Al llegar a este punto Aladino se quedó bloqueado; en realidad, no sabía por donde empezar.

-¡Pídele comida! -gritó ansiosa, a la par que hambrienta, su madre.

Era una buena idea, pero había tardado demasiado tiempo en decidirse. El mensaje se borró siendo sustituido por otro.

“Disculpe, pero no me ha sido posible entender bien su respuesta. Para retornar al menú anterior, vuelva a frotar la lámpara.”

-¿A qué esperas? -insistió su madre al tiempo que intentaba arrebatarle la lámpara-
¡No te quedes ahí alelado!

El muchacho reaccionó frotando la lámpara, la cual volvió a repetir el conocido mensaje. En esta ocasión no dudó; sus jugos gástricos también estaban alborotados.

La lámpara, obediente, accedió a sus deseos reproduciendo un nuevo mensaje:

“Ha elegido usted la opción de solicitar alimentos o bebidas. Por favor, seleccione el apartado que mejor se ajuste a la petición de su primer deseo. Le recordamos que este Sindicato no se responsabiliza de la posible violación de preceptos religiosos de cara al consumo de determinados alimentos o bebidas que pudieran estar prohibidos por algunas confesiones.

- *Si desea alimentos, frote una vez la lámpara.*
- *Si desea bebidas no alcohólicas (incluyendo agua), frote dos veces la lámpara.*
- *Si desea bebidas alcohólicas (sólo para mayores de edad), frote tres veces la lámpara.*
- *Si desea tabaco (sólo para mayores de edad) u otras sustancias estimulantes legales tales como el betel o la hoja de coca (sólo en países autorizados), frote cuatro veces la lámpara. Es responsabilidad exclusiva del solicitante el consumo de estas sustancias en las condiciones y lugares establecidos por la legislación de su país de residencia.”*

Aladino comenzaba a impacientarse. Esta vez no necesitó ser espoleado por su madre para elegir rápidamente la primera opción.

“Ha elegido usted la opción de solicitar alimentos. Por favor, seleccione el apartado que mejor se ajuste a la petición de su primer deseo. Le recordamos que este Sindicato no se responsabiliza de la posible violación de preceptos religiosos de cara al consumo de determinados alimentos que pudieran estar prohibidos por algunas confesiones.

- *Si desea carne, frote una vez la lámpara.*
- *Si desea pescado, frote dos veces la lámpara.*
- *Si desea huevos y sus derivados, frote tres veces la lámpara.*
- *Si desea leche o productos lácteos, frote cuatro veces la lámpara.*
- *Si desea pasta, harinas o derivados de los cereales, frote cinco veces la lámpara.*
- *Si desea productos vegetales (verduras, hortalizas, legumbres, tubérculos o ensaladas), frote seis veces la lámpara.*

- *Si desea fruta, frote siete veces la lámpara.*
- *Si desea dulces o postres, incluyendo helados y productos de pastelería, frote ocho veces la lámpara.*
- *Si desea alimentos exóticos (insectos, reptiles, primates, caracoles, ancas de rana, flores, algas, comidas étnicas, etc.), o cualquier otro tipo de alimentos no incluidos en el listado anterior, frote nueve veces la lámpara. Queda explícitamente prohibida la antropofagia.”*

Más por inercia que por premeditación, el muchacho frotó una única vez la lámpara.

“Ha elegido usted la opción de solicitar carne. Por favor, seleccione el apartado que mejor se ajuste a la petición de su primer deseo. Le recordamos que este Sindicato no se responsabiliza de la posible violación de preceptos religiosos de cara al consumo de determinados alimentos que pudieran estar prohibidos por algunas confesiones.

- *Si desea carne de ternera, frote una vez la lámpara.*
- *Si desea carne de cordero, frote dos veces la lámpara.*
- *Si desea carne de cabra, frote tres veces la lámpara.*
- *Si desea carne de cerdo, frote cuatro veces la lámpara.*
- *Si desea carne de pollo o pavo, frote cinco veces la lámpara.*
- *Si desea carne de conejo o liebre, frote seis veces la lámpara.*
- *Si desea carne de pato, oca o ganso, frote siete veces la lámpara.*
- *Si desea carne de caballo o mula, frote ocho veces la lámpara.*
- *Si desea carne de camello, frote nueve veces la lámpara.*
- *Si desea carne de venado, jabalí, cabra montés u otras especies de caza mayor, frote diez veces la lámpara.*
- *Si desea carne de perdiz, codorniz, faisán u otras volátiles de caza menor, frote once veces la lámpara.*
- *Si desea carne de avestruz, frote doce veces la lámpara.*
- *Si desea algún otro tipo de carne no incluida en el listado anterior (excepto la humana y la de los animales protegidos, extintos y/o imaginarios), frote trece veces la lámpara.”*

Esto ya era demasiado. El hambre que atenazaba a Aladino y a su madre era de tal magnitud que habrían devorado cualquier cosa que se pusiera a su alcance, incluyendo al esquivo Genio. Por terminar antes, eligió la primera opción.

“Ha elegido usted la opción de solicitar carne de ternera. -fue en esta ocasión la respuesta del impertérrito artilugio- Por favor, seleccione el apartado que mejor se ajuste a la petición de su primer deseo. Le recordamos que este Sindicato no se responsabiliza de la posible violación de preceptos religiosos de cara al consumo de determinados alimentos que pudieran estar prohibidos por algunas confesiones.

- *Si desea solomillo, frote una vez la lámpara.*
- *Si desea lomo, frote dos veces la lámpara.*
- *Si desea filetes, frote tres veces la lámpara.*
- *Si desea chuletón, frote cuatro veces la lámpara.*
- *Si desea churrasco, frote cinco veces la lámpara.*
- *Si desea entrecot, frote seis veces la lámpara.*
- *Si desea morcillo u osobuco, frote siete veces la lámpara.*
- *Si desea falda, frote ocho veces la lámpara.*
- *Si desea magro o carne picada, frote nueve veces la lámpara.*
- *Si desea rabo o carrilleras, frote diez veces la lámpara.*
- *Si desea callos o casquería, frote once veces la lámpara.*
- *Si desea cecina o embutidos, frote doce veces la lámpara.*
- *Si desea alguna otra pieza de carne no incluida en el listado anterior, frote trece veces la lámpara.”*

La irritación estaba empezando a dar paso a la desesperación. Aladino tan sólo quería comer lo que fuera... y a ser posible, ya. De nuevo seleccionó la primera opción.

“Ha elegido usted la opción de solicitar un solomillo de ternera. Por favor, seleccione el apartado que mejor se ajuste a la petición de su primer deseo -al menos la maldita lámpara parecía haberse olvidado de la molesta coletilla religiosa-.

- *Si lo desea crudo, frote una vez la lámpara.*

- *Si lo desea asado, frote dos veces la lámpara.*
- *Si lo desea a la parrilla, frote tres veces la lámpara.*
- *Si lo desea frito, frote cuatro veces la lámpara.*
- *Si lo desea cocido, frote cinco veces la lámpara.*
- *Si lo desea adobado o marinado, frote seis veces la lámpara.*
- *Si lo desea de alguna otra manera no incluida en el listado anterior, frote siete veces la lámpara.”*

¿Y eso a él qué más le daba? En casa de Aladino jamás habían tenido acceso a semejantes exquisiteces, tan sólo al alcance de los más pudientes. Eso sí, por precaución evitó pedirlo crudo.

“Ha elegido usted la opción de solicitar un solomillo de ternera asado. Por favor, seleccione el apartado que mejor se ajuste a la petición de su primer deseo.

- *Si lo desea poco hecho, frote una vez la lámpara.*
- *Si lo desea normal, frote dos veces la lámpara.*
- *Si lo desea pasado, frote tres veces la lámpara.”*

Bueno, parecía que se iba acercando ya al final...

“Ha elegido usted la opción de solicitar un solomillo de ternera asado con un punto de cocción normal. Por favor, seleccione el apartado que mejor se ajuste a la petición de su primer deseo.

- *Si lo desea sin guarnición, frote una vez la lámpara.*
- *Si lo desea con guarnición de patatas, frote dos veces la lámpara.*
- *Si lo desea con guarnición de verduras, frote tres veces la lámpara.*
- *Si lo desea con guarnición de ciruelas pasas y orejones de albaricoque, frote cuatro veces la lámpara.*
- *Si lo desea con salsa al roquefort, frote cinco veces la lámpara.*
- *Si lo desea con salsa a la pimienta, frote seis veces la lámpara.*
- *Si lo desea con salsa de yogur, frote siete veces la lámpara.*

- *Si lo desea con nuestras guarniciones y salsas especiales, frote ocho veces la lámpara para acceder a la carta.”*

Pues no, no se acababa, constató con desconsuelo. Al borde mismo de la histeria, volvió a insistir con el tozudo artilugio.

“Ha elegido usted la opción de solicitar solomillo de ternera asado con un punto de cocción normal y guarnición de patatas. Por favor, seleccione el apartado que mejor se ajuste a la petición de su primer deseo.

- *Si lo desea con patatas asadas, frote una vez la lámpara.*
- *Si lo desea con patatas fritas, frote dos veces la lámpara.*
- *Si lo desea con patatas al ajillo, frote tres veces la lámpara.*
- *Si lo desea con puré de patatas, frote cuatro veces la lámpara.*
- *Si lo desea con otro tipo de guarnición de patatas no incluida en el listado anterior, frote cinco veces la lámpara.”*

-¿Quieres terminar de una puñetera vez? -le espetó, iracunda, su madre.

-Yo... -intentó excusarse el azorado muchacho, al tiempo que insistía una vez más.

“Ha elegido usted la opción de solicitar solomillo de ternera asado con un punto de cocción normal y guarnición de patatas asadas. Por favor, seleccione el apartado que mejor se ajuste a la petición de su primer deseo.

- *Si lo desea con ...”*

Nunca llegarían a conocer el resto del mensaje puesto que, exasperado, arrojó la maldita lámpara contra la pared y, quizá a causa de una rotura del sensible mecanismo, quizá merced a su desconexión por algún mecanismo de seguridad, éste quedó interrumpido.

En aquel momento quiso el azar que se oyera en la vecina calle la conocida voz del chamarilero que, fiel a su rutina, recorría el barrio en busca de objetos que comprar. Lejos de recriminarle por su furibundo arrebató, su madre suspiró con alivio.

-Coge ese chisme. -le ordenó- Intentaremos colárselo a Ahmed; al menos, sacaremos para un par de bocadillos de calamares. Eso sí, como se te ocurra decir lo más mínimo del tema de los deseos, te despellejo vivo.

Por supuesto, Aladino se cuidó mucho de desobedecerla.

EL HOMBRE CON RAYOS X EN LOS OJOS

Francisco José García García, más conocido en su barrio como Paco el Polilla a causa de su escasa envergadura, no era demasiado inteligente, pero sí lo suficientemente astuto como para haber logrado sobrevivir en un ambiente duro en el que sólo los más fuertes -o los más bestias- jugaban con ventaja. Y lo suficientemente listo, además, como para llevar toda su vida viviendo literalmente del cuento.

En realidad se conformaba con poco: vivía con su madre viuda, lo que le solucionaba el problema del alojamiento y la manutención, y con lo que trapicheaba por aquí y por allá y lo que rebañaba de los servicios sociales le bastaba con ir tirando, dado que sus hábitos y sus aficiones -no fumaba, tan sólo bebía cerveza y tenía el buen sentido de no probar las drogas- no requerían más, conformándose con una vida que muchos hubieran considerado de perdedor.

A su manera Paco era feliz aunque, eso sí, tenía una espinita clavada en el corazón: pese a todos sus esfuerzos, que dado su carácter indolente habría que calificar de importantes, a sus cuarenta y dos años no se había comido una rosca. Vamos, que las mujeres se le daban fatal, y aunque una voz interior le insinuaba que así se evitaba problemas -de hecho conocía a más de un colega al que su *churri* le había traído por el camino de la amargura-, la advertencia no le servía de consuelo ya que, pese a todo, el Polilla no era de piedra... pero ni por esas.

Todo cambió el día en el que, rebuscando entre los escombros de un reciente derribo, encontró una lámpara con pinta de ser antigua. Paco pensó primero en vendérsela a un gitano que conocía y que tenía un puesto de quincalla en el mercadillo de los domingos, pero recordando que el cumpleaños de su madre estaba próximo decidió regalársela en un insólito arranque de amor filial. Pero como la lámpara estaba muy sucia, intentó limpiarla primero frotándola con un trapo.

Para su sorpresa, y era realmente difícil que Paco se sorprendiera por algo, la lámpara resultó ser el alojamiento de un genio, el cual surgió de su boca materializándose ante el perplejo Polilla al tiempo que recitaba con aburrimiento el ritual estipulado para estas ocasiones y que, por ser sobradamente conocido, no resulta necesario repetir aquí.

Aunque Paco no era demasiado aficionado a leer -en realidad no leía nada porque le aburría soberanamente- sí tenía su culturilla, y recordaba vagamente el cuento de Aladino y la lámpara maravillosa. Así pues, y tras realizar un considerable -para él- esfuerzo mental exigió al genio los tres deseos que, según estaba establecido, le correspondían.

De poco le sirvió la petición, pues el genio se rió de él en sus propias narices afirmando que tamaña obligación había quedado derogada hacía mucho, y que conforme

al convenio colectivo en vigor le correspondía tan sólo un único deseo, con la condición añadida de que no alterara a su entorno afectándole únicamente a él. Dicho con otras palabras, y se lo tuvo que explicar con toda su paciencia ya que para las cuestiones legales Paco el Polilla era un poco duro de mollera, nada de pedir, puso por caso, un montón de dinero, ya que el genio no podía sacarlo de la nada por lo que debería quitárselo a alguien, lo que podía hacer un político pero él no. Tampoco valía lo de pedirle un Ferrari descapotable o un chalet adosado como los del otro lado de la avenida, ya que eso implicaría una trasgresión de las leyes de la termodinámica ampliadas al complejo materia-energía, algo que también estaba fuera de sus atribuciones.

Bastante cabreado y sin enterarse de nada, salvo que el genio le estaba dando largas, el Polilla le dedicó varios epítetos extraídos de lo más granado de su jerga barriobajera, tildándole de inútil, de genio de mierda y de unas cuantas cosas más que es preferible obviar. El genio, impertérrito pero deseando quitarse de encima a semejante pelmazo, le sugirió que eligiera algo que afectara exclusivamente a su propia persona, como por ejemplo un cuerpo de atleta que le permitiría llevarse a las chicas de calle, algo a lo que él rehusó arguyendo sensatamente que tras tamaña metamorfosis no le reconocería ni su propia madre, con el problema añadido de una previsible pérdida de su cómodo alojamiento y su garantizada manutención.

Pero como la necesidad aguza el ingenio, y además el genio comenzaba a impacientarse amenazándole con dejarse con dos palmos de narices y sin deseo, Paco finalmente se decidió. Daba la casualidad de que hacía sólo unos días había empezado a ver, en uno de esos canales raros que sólo emitían películas viejas, una cuyo argumento trataba de un científico que inventaba la manera de ver con rayos X, lo que le permitía gozar del espectáculo de contemplar a las chicas desnudas. Y aunque no terminó de verla ya que se había quedado dormido a la mitad, pensó que podría tratarse de una buena opción ya que no se le ocurría ninguna otra mejor. Así pues, lo que le solicitó al aburrido genio fue que le concediera una visión de rayos X similar a la del protagonista.

El genio, visiblemente aliviado, accedió de inmediato a su solicitud y, tras asegurarle que disponía ya de ese don, desapareció llevándose consigo, para disgusto del Polilla, la codiciada lámpara. Era una lástima que su madre se quedara sin regalo, pero así habían salido las cosas.

Aunque Paco se las prometía muy felices con su nuevo poder, pronto habría de comprobar que su falta absoluta de conocimientos científicos -¿cómo iba a saber él que la película era de serie B y, por lo tanto, totalmente fantástica?- le había llevado a cometer el más grave error de su vida. Porque aunque el genio había cumplido al pie de la letra su palabra, lo había hecho respetando las leyes de la física, por lo cual el pobre del Polilla se encontró con que era perfectamente capaz de ver a través de la ropa... y también de los cuerpos, de modo que para él el mundo se convirtió de repente en un desfile de esqueletos

vivientes, sin que le quedara siquiera el recurso de cerrar los ojos puesto que sus párpados, huelga decirlo, resultaron ser también transparentes a su sobrehumano don.

LA VERDADERA HISTORIA DE ALADINO Y LA LÁMPARA MARAVILLOSA

Aladino, maravillado, cogió en sus manos la lámpara que había encontrado escondida en la gruta. Gracias a la película sabía que no se trataba de una lámpara cualquiera sino de la morada de un genio, y que bastaría con frotarla para que éste surgiera de su encierro y le concediera tres deseos.

Así pues, procedió a hacerlo viendo como de la boca de la lámpara surgía una espesa niebla que poco después se condensaba en una figura de forma humana, el genio.

Pero había algo que no acababa de cuadrar, Quien se encontraba frente a él no tenía aspecto de genio, al menos tal como se lo imaginaba, sino más bien de un burócrata de apariencia anodina ataviado con un sobrio traje negro, incluidos el anacrónico sombrero y el no menos anticuado maletín.

-¿Eres el genio? -le preguntó sorprendido.

-No -respondió éste-. Me llamo Argimiro Malasombra, y soy inspector de Hacienda.

Y viendo la cara de sorpresa del muchacho añadió:

-Hace algún tiempo la Agencia Tributaria y el Sindicato de Genios firmaron un convenio para gravar los bienes obtenidos por la vía de los deseos, y para agilizar los trámites y el cobro de los tributos devengados acordaron crear un cuerpo de agentes interventores encargados de gestionarlos.

-¡Pero si yo no he pedido todavía ningún deseo! -exclamó Aladino-. ¡Ni siquiera he visto todavía al genio!

-No te preocupes, aparecerá en cuanto hayamos resuelto el asunto. Para evitar posibles intentos de evasión de impuestos, nosotros siempre llegamos primero. Una vez hayas declarado la índole de los deseos que vas a pedirle, me conectaré con la tableta al sistema informático de la Agencia y en un momento tendremos calculada la deuda contraída. Sólo tendrás que firmar el consentimiento y, claro está, pagarla. No te preocupes si no dispones de ella en metálico, podrás hacerlo con la tarjeta de crédito o domiciliándola en tu cuenta bancaria.

-Yo, yo... ¡yo no tengo dinero! -protestó el muchacho al borde del colapso-. Pero me haré rico gracias a los tres deseos. Déjame pedirselos al genio y te lo daré.

-Lo lamento mucho, pero esto no es posible -le interrumpió impertérrito Malasombra-. De acuerdo con el protocolo XL/3217.5 que regula la gestión tributaria establecida en la ley 47/2 de 17 de octubre sobre Gravámenes y tasas correspondientes a los bienes

percibidos mediante concesión de deseos, la liquidación de éstos ha de ser previa a la solicitud de los mismos y, lógicamente, a su concesión. Como cabe suponer -añadió- si la declaración y la liquidación efectuadas no coincidieran con los deseos solicitados y éstos rindieran unos beneficios mayores de los declarados, sería considerado dolo e intento de evadir impuestos, y al contribuyente se le aplicaría una declaración paralela reclamándosele el importe correspondiente a los bienes no declarados junto con un recargo del 20% y, dependiendo del monto de la cantidad defraudada, la correspondiente multa o la incoación de un expediente por delito fiscal.

-Pues no tengo nada con lo que pagarte -respondió abatido Aladino-. Mi madre y yo somos pobres, apenas tenemos lo necesario para comer...

-No te preocupes; puesto que no llegaste a pedir los deseos no has incurrido en irregularidad alguna. Claro está que tendrás que renunciar a hacerlo.

Y mientras el muchacho asentía débilmente con la cabeza Argimiro Malasombra se desvaneció retornando en su forma nebulosa al interior de la lámpara.

-¿Y ahora qué le digo yo a mi tío, que me está esperando afuera? -gimió el infeliz.

* * *

Mientras tanto su interlocutor se materializaba en el interior de su acogedora vivienda, que no por reducida carecía de comodidad alguna. Aunque su aspecto no era ya el de un adusto inspector de Hacienda sino el que cabía esperar de un genio, color azul incluido.

-Tenía razón Ozriz cuando me sugirió esta treta para que los humanos nos dejaran en paz -rió satisfecho-. No hay nada que los acobarde más que un inspector de Hacienda.

Se tumbó voluptuosamente en el mullido diván y continuó con su monólogo.

-Y es que ya estaba harto de que me dieran la tabarra con sus exigencias y sus antojos, como si a mí no me costara esfuerzo conseguirlos... que uno posea poderes sobrenaturales no quiere decir que no estemos tan sujetos como ellos a las leyes físicas; pero ni se molestaban en preguntarme si era capaz o no de hacerlo, simplemente pedían “genio, dame esto” o “genio, dame esto otro” sin importarles un pimiento todo lo demás.

Incorporándose hasta quedar sentado hizo un gesto con la mano y en ésta apareció una copa de cristal finamente tallado conteniendo un delicado licor que degustó con placer.

-El único inconveniente es el engorro de tenerme que disfrazar con ese traje tan ridículo e incómodo, en especial la maldita corbata; nunca entenderé que mientras las

mujeres se desembarazaron en cuanto pudieron del corsé, los hombres sigan empeñados en torturarse con este absurdo artilugio. Pero lo importante es que el invento funciona.

Y apurando la copa la hizo desaparecer, conjurando a continuación una bandeja repleta de exquisitos dulces.

-Esto es vida -masculló mientras saboreaba un pastel- sin tener que aguantar más a estos pelmazos. Ahora escucharé algo de música y dentro de un rato llamaré a Eugenia; si acepta, será un buen plan para esta tarde.

NUNCA TE FÍES DE UN GENIO

Anfótero Pi no se lo podía creer. Por primera vez en su gris y anodina vida había tenido suerte... y le había tocado el premio gordo. Por circunstancias que sería demasiado prolijo referir había llegado a sus manos una lámpara maravillosa a la que sólo necesitaría frotar para que de ella surgiera el genio que haría realidad sus tres deseos.

Y, emulando al Aladino de los cuentos no sin poder evitar un temblor que le recorría todo el cuerpo, así lo hizo.

Burlando el racionalismo que negaba la posibilidad de su existencia, de la boca de la lámpara surgió un denso vapor de color añil que poco a poco se fue condensando en una colosal figura humana o, cuanto menos, razonablemente similar a ella.

-Te saludo, amo y señor -se dirigió a él el genio en ademán sumiso-. Tú me has invocado, y me corresponde premiarte con la concesión de un deseo.

-¿Cómo que un deseo? -exclamó Anfótero con impostado acento de nuevo rico-. Siempre han sido tres.

-En efecto, mi amo, anteriormente eran tres. Pero ya sabes: la crisis económica, la inflación, los precios subiendo continuamente... los genios ya no podíamos soportar estos incrementos manteniendo la oferta, por lo que nuestro sindicato se vio obligado a elegir entre recortar los beneficios de los deseos solicitados o reducir el número de éstos, optando finalmente por lo segundo.

-Ya, como los envases de los supermercados, cada vez más pequeños pero al mismo precio -gruñó Anfótero-. Todo sube de precio o baja de cantidad, menos mi pensión...

-Lo lamento, mi señor, comprendo tu frustración ya que no todos los días te encuentras con este regalo, pero míralo por el lado bueno; la magnitud del deseo no tiene límites, salvo los inherentes a la lógica o a la ética: no podría aceptar que me pidieras el final del universo o la desaparición de algún enemigo tuyo, pongo por ejemplo, pero sí cualquier cosa que te beneficie sin perjudicar a terceros.

-Está bien -gruñó el interesado-. Déjame que lo piense, con tres errores podía permitirme el fallo de equivocarme en alguno, pero con uno solo necesito tenerlo muy claro.

-Te encuentras en tu derecho, pero he de decirte que, según el Reglamento de Deseos actualmente en vigor, tienes un tiempo máximo de cinco minutos para formularlo, pasado el cual perderías todo derecho a hacerlo.

-¡Caray con tu sindicato! -le interrumpió Anfótero con gesto cabreado-. No se puede negar que lo tenéis todo atado y bien atado.

-Son las reglas, mi señor, idénticas para ti y para mí -se excusó el genio-. Y no las he redactado yo, me limito a seguirlas. Asimismo he de advertirte que, una vez formulado el deseo, éste será aplicado de forma inmediata sin posibilidad alguna de anulación, cambio o devolución. Por esta razón te recomiendo que estés muy seguro de lo que vayas a pedir, puesto que no tendrías una segunda oportunidad.

-¿En cinco minutos? Pues sí que estamos apañados. Como si fuera igual que elegir el color de una camisa.

-Vuelvo a reiterar mis disculpas, y me veo en la obligación de recordarte que ya ha pasado minuto y medio. Te quedan tres minutos y medio para decidirte.

-Pues sí que... -rezongó Anfótero-. Encima con prisas.

El genio se limitó a encoger sus enormes hombros.

-Vale, más perderé si no lo hago. Adelante y que sea lo que Dios o tu dichoso sindicato quieran... deseo volver a ser joven. Al fin y al cabo, a mi edad de poco me servirían las riquezas teniendo en cuenta los años que me puedan quedar de vida; eso sin contar con los puñeteros achaques y la ensalada de pastillas que me tengo que tomar todos los días.

Porque Anfótero, amén de jubilado, contaba con una edad suficientemente provecta como para importarle más ésta que el dinero; lo ideal hubieran sido las dos cosas, pero la maldita reducción cuando le habría bastado con dos deseos...

Tú los has pedido, mi señor, y yo te lo concedo. Ha sido un placer conocerte.

Dicho lo cual, el genio se desmaterializó retornando su esencia gaseosa al interior de la lámpara, la cual desapareció a su vez sin dejar el menor rastro.

-¡Será el muy...! -exclamó Anfótero sintiéndose estafado- ¡Pues no se ha ido el sinvergüenza sin concederme el deseo!

Huelga decir que no había notado el menor indicio de que el genio hubiera cumplido con su promesa; hasta que inadvertidamente se miró la mano, una mano que no era ya la de un viejo achacoso sino la recia y firme de un joven como lo había sido la suya hacía tantos años que ya ni se acordaba.

Intrigado, se levantó del sillón en el que había estado sentado -es preciso añadir que se encontraba en su casa, no era cuestión de andar frotando lámparas mágicas delante de nadie- y se dirigió literalmente a la carrera, olvidándose de la artrosis y hasta del bastón,

hasta el cuarto de baño, en cuyo espejo pudo comprobar que efectivamente el genio había cumplido su promesa: volvía a tener veintipocos años y hasta su calva había quedado cubierta por una espesa mata de pelo negro.

Maravillado, se puso a saltar de alegría sin que le empezaran a doler los huesos. Una nueva vida se abría ante él.

Para su desgracia, Anfótero desconocía que los genios son unos seres taimados y retorcidos que, obligados a someterse a la humillación de obedecer a un despreciable mortal, recurrían a artimañas de todo tipo para vengarse de ellos aprovechando algún tipo de “*letra pequeña*” que les aguara la fiesta, a lo que se sumaba a un retorcido sentido del humor que confería a los “*efectos colaterales*” del deseo una componente irónica, cuando no decididamente cómica... para ellos, claro. Y aquél a quien había invocado el rejuvenecido Anfótero no era una excepción.

La primera sorpresa le llegó varios días después en forma de carta certificada de la Seguridad Social, por la que se le informaba que, por no cumplir la edad reglamentaria, cesaba en su condición de pensionista, habiéndosele retirado el devengo de la misma conforme a la fecha de recepción de la misiva. Asimismo se le apercibía de la apertura de un expediente por el que se estimaría el importe de las cantidades indebidamente percibidas hasta entonces, del cual se le informaría en su momento al tiempo que se le reclamaba la devolución del montante junto con los intereses de demora establecidos por la ley.

Anfótero sintió cómo un sudor frío empezaba a recorrerle todo el cuerpo. ¡No sólo le privaban de su única fuente de ingresos, sino que además tendría que devolver todo lo cobrado durante casi veinte años! ¡Pero si él no contaba con más bienes que el piso, por fortuna de su propiedad, y un pequeño colchón en el banco!

Y quizás no fuera eso lo peor. ¿Cómo se iba a ganar la vida ahora? De repente recordó que su edad biológica volvía a ser de veintitantos años. Efectivamente podía volver a buscar trabajo, pero al pensar en eso su mente se ensombreció. ¿Trabajar en qué? Él no había estudiado, toda su vida había sido un currante, por lo que sus opciones reales eran limitadas y además estaban copadas por una competencia contra la que no podría luchar. ¡Si apenas quedaban ya españoles en las obras ni en otros trabajos que él podría realizar! Aparte de que ni siquiera sabía como hacerlo, en sus tiempos las cosas eran mucho más sencillas sin necesidad del maldito internet, el *guasap*, las redes sociales ni su puñetera madre. ¡Si le había costado Dios y ayuda aprender a sacar dinero del cajero automático cuando los fulanos del banco se negaron a atenderlo en la ventanilla!

Sumido en sus lúgubres disquisiciones, de repente le invadió una inquietud más. Tembloroso, sin que esta ocasión pudiera atribuirlo al principio de parkinson que le acababan de diagnosticar, se sacó la cartera del bolsillo y la abrió buscando afanoso el

carnet de identidad. Allí estaba, tal como se lo habían entregado en la última renovación... con su fecha de nacimiento y la fotografía de un anciano cercano a la ochentena. Por las razones que fueran -todavía no sospechaba de la mala fe del genio- para la Seguridad Social había vuelto a ser un joven, mientras que para algo tan fundamental como su documentación no... ¿Cómo iba a poder identificarse con el carnet de identidad de alguien que podría ser su abuelo? ¿Qué sentido tenía esto?

Sin dinero, con la amenaza de un más que probable embargo de todos sus bienes, indocumentado y sin nadie a quien poder recurrir -era soltero, carecía de familia cercana y de amigos, y su vida social era un erial dado su carácter huraño- en busca de ayuda... esto sería peor, infinitamente peor que lo hubiera sido el resto de lo que le quedara de vida de no haber tropezado con la maldita lámpara y el taimado engendro que habitaba en su interior. Fue entonces cuando cayó en cual había sido el origen de sus males.

-¡Genio, maldito! ¿Por qué me hiciste esto? ¿Por qué no me advertiste de lo que me iba a ocurrir? -gritó exasperado por puro desahogo.

Para su sorpresa, una voz desagradablemente conocida resonó en el interior de su cabeza sin que su interlocutor se materializara por ningún lado.

-Te enumeré -el “*señor*” y el anterior tono adulator brillaban ahora por su ausencia- todas las cláusulas relativas al contrato entre un genio y un mortal, conforme a la normativa legal vigente. Si no fuiste capaz de prever las posibles consecuencias no es ya responsabilidad mía, sino tuya.

-¡Me engañaste, maldito engendro de Satanás, me engañaste apremiándome sin dejarme tiempo para pensarlo bien! ¡Devuélveme a mi estado anterior y quédate con tu miserable deseo!

-Te advertí que eso no estaba contemplado, no te puedes llamar a engaño. Además, aunque quisiera ya no podría dar marcha atrás, la transacción quedó registrada en el Archivo General de Deseos Contratados, es firme y no puede ser revocada.

Lo que callaba ladinamente era que por ese contrato se había embolsado una jugosa cantidad en el equivalente monetario usado en el mundo de los genios, y que en modo alguno estaba dispuesto a perderla.

-¡Maldito! ¡Devuélveme lo que me quitaste! -insistió Anfótero al borde de la desesperación.

-Te repito que eso es imposible. Además, míralo por el lado bueno; gracias a que fue suprimida hace años, te has librado de volver a hacer la mili de nuevo. Todavía tendrías que agradecermelo.

Y soltando una estrepitosa carcajada, el malvado ente colgó el equivalente esotérico al teléfono. Nada le importaba ya el pringado al que había dado gato por liebre, ahora lo único que le interesaba era la atractiva genia con la que había quedado citado para celebrar el negocio. Beberían, se divertirían y después... quién sabe. La noche -o el equivalente en su mundo- sería larga y se presentaba placentera.

¡FUERA DE MI LÁMPARA!

El Genio de la Lámpara volvía a casa, es decir, a la lámpara, después de una ardua jornada de trabajo. Por lo general solía manejar con bastante soltura a los peticionarios de deseos que le invocaban, a los que resultaba sencillo embaucar con cualquier fruslería; pero en esta ocasión había tropezado con un hueso duro de roer y le había costado auténticos sudores evitar ser él el desvalijado. Finalmente había podido salvar los muebles pero a un precio demasiado alto que, no le cabía duda, pesaría en su impoluto historial laboral. Si el jefe de ventas no fuera tan repelente...

Así pues, llegó a su destino cansado y sobre todo irritado. Tan sólo deseaba cobijarse en el confortable interior de la lámpara y dormir ininterrumpidamente unos cuantos años hasta la que asignaran su próxima misión. Nada de vida social y nada de hacer escapadas a El Placer del Genio, pese a las amistades femeninas con que contaba allí. Tan sólo descansar.

Se colocó frente a la boca de la lámpara derrumbándose casi y, tras desmaterializarse, penetró en ella en busca de reposo... aunque en realidad tan sólo lo llegó a intentar, puesto que apenas traspuso el borde chocó violentamente con algo que le hizo rebotar hacia afuera.

Al cansancio y la irritación se sumaron la sorpresa acompañada por la impaciencia. ¿Qué demonios pasaría? Esperaba que algún cretino no se hubiera estado entreteniéndolo en meter un palito por el agujero; no sería la primera vez que esto pasaba.

Cogió la lámpara con la mano -ventajas de poder ajustar su tamaño en función de las necesidades- y miró por la boca, aunque obviamente no pudo ver nada. Hizo entonces que la uña del dedo índice creciera -otra ventaja- hasta convertirse en un fino estilete y la introdujo por ella. En contra de lo que esperaba ésta no tropezó con ningún obstáculo, penetrando hasta el interior donde topó con algo blando.

El Genio creyó oír algo, pero no le dio importancia. Recogiendo la uña hasta su tamaño normal comenzó a zarandear la lámpara, al tiempo que se la acercaba a la oreja. Y entonces lo oyó claramente. Muy claramente.

-¡Tú, imbécil, deja de mover mi casa!

Perplejo, el Genio bramó:

-¿Cómo que tu casa? ¡Esta lámpara es mía, y ya estás saliendo de ahí si no quieres que te saque a guantazos!

Pasando del dicho al hecho, tras dejar la lámpara en el suelo se desmaterializó intentando entrar de nuevo en ella. Y, al igual que la vez anterior, volvió a tropezar con un muro infranqueable.

Furioso, volvió a zarandearla de forma más enérgica al tiempo que rugía:

-¡Ladrón, sal inmediatamente o te acordarás de mí mientras vivas!

Lo cual, teniendo en cuenta que los genios son inmortales, era mucho decir.

-¿Quién demonios eres? -insistió el genio-. ¿Y qué haces en mi casa?

-Está bien -respondió la voz en todo conciliador-. Te lo explicaré todo, pero deja de agitar la lámpara como si estuvieras haciendo mantequilla; me siento como un turbante dentro de la lavadora.

Y, comprobando que éste lo había hecho así aunque sin soltar la lámpara, continuó:

-Soy un genio como tú, que vivía en una preciosa licorera de cristal tallado por los mejores artesanos, una auténtica joya provista de todas las comodidades posibles. No veas la envidia que causaba cada vez que recibía una visita en ella. Pero tuve la desdicha de perderla cuando un cretino la arrojó al contenedor. Yo estaba dentro reposando tranquilamente, y cuando me desperté estaba ya en el horno de reciclado rodeado de vidrio fundido a más de mil grados de temperatura... por muy genio que sea, te aseguro que no resultó nada agradable. Logré salir a duras penas de allí con el ectoplasma a punto de achicharrarse, y me encontré sin ningún lugar a donde ir.

-Y sólo se te ocurrió apropiarte de la primera vivienda que encontraste...

-En algún sitio tenía que meterme -se defendió el intruso-; no podía quedarme a la intemperie y no sabía a donde ir. Vagando de un sitio a otro tropecé con la lámpara y descubrí que estaba vacía.

-Vacía no significa abandonada. De vez en cuando tengo que ir a trabajar.

-La lámpara no tenía conjuro alguno que la protegiera, así que pensé que estaba libre y a disposición del primero que la necesitara.

-Pues ya ves que no es así -replicó su legítimo propietario, recriminándose mentalmente por haberse olvidado de esa elemental precaución; al fin y al cabo, en el mundo de los genios no existía la delincuencia-. Así pues, lamentando mucho tu situación, te ruego que recojas tus bártulos, si es que los tienes, y te vayas con viento fresco a otra parte. Estoy cansado y quiero dormir.

-¡Ah, no! -replicó con vehemencia el okupa-. Yo no soy responsable de tu falta de precaución. La lámpara estaba abierta, y yo entré sin forzar conjuro alguno. Por lo tanto me quedo, ya que la ley me ampara; y como has podido comprobar yo sí lo he tenido en cuenta cerrándola con un conjuro XXL de lo mejorcito del mercado. Me costó caro, pero ha merecido la pena. Nunca podrás romperlo por mucho que lo intentes.

-¿Ah, sí? -bramó de nuevo el genio, que de su color azul lavanda habitual había virado al púrpura encendido-. Pues te vas a enterar.

Hizo unos gestos cabalísticos al tiempo que pronunciaba -en voz baja, no era cuestión de que lo oyera su rival- un poderosísimo conjuro que había ganado jugando a las cartas al Mago Merlín y, una vez hubo terminado se dirigió de nuevo a éste en tono burlón:

-No podré romper tu conjuro, pero tú tampoco el mío, que además está reforzado por siete ensalmos y otras tantas invocaciones. Yo no podré entrar en mi propiedad, pero tú tampoco podrás salir hasta que no encuentre la forma de echarte o seas tú el que me pidas que te deje en libertad. Mientras tanto la lámpara permanecerá a buen recaudo y ahora mismo me voy a ver a un amigo que trabaja en el Negociado de la Moral. Se te va a caer el pelo.

Así hizo, guardándose la en el bolsillo de los zaragüelles al tiempo que partía volando hacia su destino.

* * *

-Lo lamento infinito, Dragut -éste era el nombre propio del Genio de la Lámpara, aunque sólo le llamaban así sus amigos más íntimos-, pero no puedo hacer nada por ayudarte.

-¿Cómo que no puedes hacer nada? ¿Acaso no tengo razón?

-La tienes, y te aseguro que pienso lo mismo que tú. Si por mí fuera, ese sinvergüenza saldría de tu lámpara inmediatamente. Pero...

-¿Pero qué?

-Las leyes -suspiró su amigo, un genio de relajante color verde esmeralda-. Ya sabes, *dura lex sed lex*, que viene a significar *el genio propone y las leyes disponen*. Estamos atados por ellas, por muy injustas que nos puedan parecer.

-¿Entonces, qué puedo hacer?

-Legalmente, poco. Tú cometiste un grave error al no proteger la entrada a tu vivienda con un conjuro adecuado. Si alguien hubiera violado el conjuro sí habría podido expulsársele al tratarse de un delito tipificado como allanamiento de morada; seguramente

se hubiera tardado un tiempo, por desgracia la justicia es lenta, pero al final lo habrías conseguido. Pero al dejar la puerta abierta ya no se trataba de tal sino de una ocupación ilegal, también delito pero menos penado por la ley al considerarse que, aunque se trate de una propiedad privada, ésta no constituye la residencia habitual del denunciante.

-¿Cómo que no? ¿Dónde vivía yo? -explotó el Genio.

-Insisto, esto no lo digo yo, es lo que dice la ley; y el juez está obligado a ceñirse a ella por mucho que no la comparta. También en una ocupación ilegal tienes derecho a recuperar tu bien, pero el proceso es más largo y todavía más complejo si incurren determinadas circunstancias.

-Sigo sin entender nada.

-En este caso el problema está en que el okupa carecía de vivienda y, al menos a corto plazo, de posibilidades de conseguirla, por lo cual goza de protección hasta que pueda encontrar otro lugar en el que alojarse.

-Y mientras tanto yo al relente... ¿no es esto desnudar a un genio para vestir a otro? -protestó irritado.

-Por supuesto, vuelvo a repetir que pienso como tú. Las leyes se corrigen cuando se descubre en ellas un fallo, pero siempre van por detrás de los delincuentes; y en este caso has tenido la mala suerte de tropezar con un problema que todavía no está suficientemente bien regulado. Hasta ahora prácticamente no existían precedentes como el tuyo, y el legislador estimó en su momento que privar temporalmente a un propietario de una vivienda vacía que no constituía su residencia habitual debía prevalecer sobre el derecho a la propiedad si así se evitaba que alguien se quedara en la calle. Los genios somos pocos y no suele haber conflictos entre nosotros, por lo que era justo que el cedente prestara el favor, aunque fuera en contra de su voluntad, al cesionario ya que el beneficio del segundo era superior al perjuicio del primero. Por supuesto lo que se cede no es la propiedad, que sigue siendo tuya, sino el usufructo del bien, en principio con carácter temporal aunque en la práctica indefinido o al menos bastante largo. Cabe suponer que en un futuro la situación cambie y se proteja más al propietario, pero mientras tanto te toca tener paciencia.

-Mientras tanto yo durmiendo al relente.

-Pondremos una denuncia, por supuesto -respondió el burócrata ignorando el acre comentario de su amigo-; y al mismo tiempo redactaré una declaración de desamparo para que se te pueda buscar una solución provisional.

-¿A mí? ¿Y por qué no a él?

-Porque, por desgracia, es él quien está dentro, y no tú. Por cierto, te advierto que tu contraconjuro es ilegal y él podría denunciarte por ello, lo cual complicaría todavía más tu reclamación. Yo que tú lo quitaría.

-¿Cuánto calculas que tardará en resolverse la expulsión?

-Hum... no lo sé exactamente, ya te he dicho que apenas existen precedentes; y si los legisladores suelen ser lentos, la justicia lo es todavía más. Ya sabes, los políticos siempre disponen de suficiente dinero y plazas en las que colocar a sus paniaguados, pero para conseguir que los engranajes de la Administración funcionen es otra historia. Llevamos siglos con escasez de personal y de recursos, y la situación no tiene visos de mejorar a corto plazo.

-¿Cuánto? -se impacientó el genio.

-No lo puedo precisar con exactitud, pero de forma aproximada, quizás cuarenta o cincuenta años humanos. No es demasiado.

-No sería demasiado de tener yo otro lugar donde ir -protestó Dragut-; pero mucho me temo que no es el caso. ¿Me alojarías temporalmente en tu lámpara?

Disparaba con bala, pero su interlocutor tenía la piel demasiado dura para caer en la trampa.

-Ya me gustaría -respondió con ademán pretendidamente compungido-. Pero como sabes -no lo sabía, y ni siquiera si esto era cierto- que... en fin... -carraspeó- no vivo solo, y claro, de llevarte a mi lámpara la situación sería ejem... un tanto embarazosa.

-Lo entiendo -respondió el Genio en tono no menos cínico-. Pero alguna solución tendrá que haber... aunque no sea ortodoxa del todo. ¿Me podrías echar una mano orientándome?

Ahí, sí que dio en la diana. Su amigo cambió la fingida pesadumbre por una más que verosímil expresión de alarma.

-Mira, lo siento, ahora estoy muy ocupado y no puedo dedicarte más tiempo. Pero si quieres, podemos cenar esta noche en La Cueva de Aladino.

Instantes después el Genio de la Lámpara abandonaba el Negociado de la Moral algo menos preocupado que cuando había entrado.

* * *

-Ante todo, he de disculparme por mi displicencia de esta mañana -su amigo se encontraba bastante corrido-. Pero como comprenderás, las paredes oyen y no era cuestión

de dar tres cuartos al pregonero. Trabajo en un centro oficial y tengo que ser cuidadoso con lo que hago y digo allí.

El Genio le tranquilizó, sabedor de que si amigo tenía algo que contarle.

-No te preocupes, Osmán, lo entiendo perfectamente. Este lugar -se encontraban en un discreto reservado a prueba de oídos indiscretos- es mucho más adecuado para hablar de nuestras cosas.

-¿Dónde tienes la... esa cosa? ¿No la llevarás contigo?

-No te preocupes, está a buen recaudo y además cerrada a cal y canto. No quería que se escapase el pájaro de la jaula... o mejor dicho, que quisiera volver a entrar sin estar yo delante.

-Está bien -suspiró Osmán sin precisar cual de las dos respuestas aprobaba-. Esto que te voy a decir no conviene que llegue a los oídos de nadie y todavía menos a los del... pájaro. No es que sea ningún secreto, pero no estoy autorizado a decirlo.

-Te escucho.

-En realidad no es cierto que no existieran precedentes de casos como el tuyo. Sí los ha habido; no demasiados, pero sí más de uno. Lo que ocurre es que quienes tú sabes no desean que se sepa o al menos, ya que no pueden ocultarlo por completo, que se reconozcan oficial u oficiosamente.

-Y de modificar la ley para proteger a los honrados propietarios nada -respondió con sorna Dragut.

La silenciosa llegada del camarero con los manjares interrumpió momentáneamente el diálogo.

-¡Vaya! -exclamó éste una vez solos de nuevo- ¡Sorbete de rocío bañado en salsa de arco iris! Hacía siglos que no lo tomaba.

-Yo siempre deseo lo mejor a mis amigos -respondió Osmán untando con él una rebanada de cumulonimbo-. Y aquí sirven los mejores -añadió al tiempo que calculaba lo cara que le saldría la invitación.

-Gracias, amigo -concluyó el Genio al tiempo que hacía lo propio-. Sabía que podía confiar en ti. Pero si no te importa, te agradecería que fuéramos al grano; apenas llevo unas horas de indigente y ya me siento un desarraigado.

-Está bien -suspiró éste mirando cautelosamente hacia uno y otro lado. Estaban solos, pero por si acaso chasqueó los dedos al tiempo que pronunciaba un conjuro menor,

suficiente para advertirles de la presencia de un intruso pero no tanto como para llamar la atención.

Terminó de comer la rebanada, se escanció una copa de Elixir Mágico -realmente lo era- y continuó:

-Como ya te insinué, y veo que captaste mi mensaje, existen maneras de resolver tu problema al margen de la... letra de la ley, en ocasiones demasiado rígida. No, no se trata de nada ilegal, aunque sí es cierto que lo bordea. Por fortuna todas las leyes, hasta las aparentemente más rígidas, tienen sus grietecillas... y aunque alguien pueda considerar poco elegante que se aprovechen como atajos, nunca podría acusarte de haber cometido un delito.

Hizo una pausa para prepararse una segunda rebanada, y continuó:

-Conozco a alguien que conoce a alguien que quizás podría ayudarte. Ésta es su dirección.

Y trazó rápidamente con las manos unos signos cabalísticos.

-No cites mi nombre en ningún momento -le conminó-. Di simplemente que vas de parte de Aladino; ellos te entenderán; no te costará barato, pero son de fiar. Esto es todo lo que puedo hacer por ti; lamento que mi puesto me impida involucrarme más.

-Ya has hecho bastante, y te lo agradezco.

-¡Un momento! -le interrumpió-. Puedo decirte algo más. Tengo un amigo en el Negociado de Estadística al que pedí que hiciera algunas averiguaciones sobre tu... inquilino. Se llama Ruslam, y es un viejo conocido de nuestro departamento. En el fondo no es mala persona, pero sí un tarambana. ¡Imagínate que le ha faltado el tiempo para empadronarse en tu lámpara! Por eso averiguamos quien era.

-No creo que esto cambie nada -rezongó el Genio.

-Por supuesto que no, pero siempre conviene conocer lo mejor posible al rival. Y sí, es cierto que su vivienda fue a parar a un contenedor de reciclaje y de allí a un horno para fundir vidrio con él dentro, aunque olvidó decirte que no se enteró a tiempo porque estaba durmiendo la mona. También exageró al atribuirle un gran valor artístico, en realidad no era una licorera tallada sino una botella bastante corriente que se le concedió en alquiler social, tampoco tiene dinero o mejor dicho suele dilapidarlo cuando lo consigue, tras jugarse la suya y perderla durante una de sus juergas. Y, claro está, temiendo con razón que el Negociado de la Vivienda no le volviera a dar otra, tiró por la calle de en medio.

-A mi costa, claro. Ahora pretenderá que sea yo quien la solicite.

-No te la concederían. Estas botellas sociales sólo se las dan a quienes carecen de medios para comprar o alquilar una propia, y no es tu caso. Además, acostumbrado a las comodidades de tu lámpara, la encontrarías poco menos que inhabitable. Podrías comprar otra, pero lo lógico y lo justo es que hagas todo lo posible por recuperarla. Ve a donde te he enviado y una vez que lo consigas me tendrás que invitar a una buena cena en El barco de Simbad, no en vano es el restaurante más selecto que conozco; y también el más caro. -rió.

Así prometió hacerlo el Genio, dando por terminada la conversación y dedicándose los dos amigos a los exquisitos manjares que reposaban sobre la mesa.

* * *

-¿Tengo garantías de que este plan vaya a funcionar? -preguntaba el Genio de la Lámpara a su interlocutor, un individuo de torvo aspecto al que le habían remitido sus contactos.

-Como usted puede comprender en estos casos las garantías nunca pueden ser absolutas, pero sí le puedo decir que hasta ahora ha resultado aceptablemente bien en casos similares al suyo. En cualquier caso buena parte del éxito dependerá de usted, que será quien tenga que convencer al okupa para que abandone su domicilio.

-¿Y si no funciona?

-No se preocupe, en ese caso pasaríamos al plan B y, si fuera necesario, al C... nosotros nos comprometemos a desalojar a ese individuo por las buenas o por las menos buenas, y si bien es cierto que siempre preferimos empezar por el método menos agresivo, si éste no diera resultado habría que recurrir a las presiones, a las coacciones... por supuesto siempre sin violar la ley, que por desgracia parece estar más de su lado que del suyo, Pero bueno -sonrió- al fin y al cabo gracias a eso existe nuestro negocio.

No muy convencido, el Genio hizo un signo de asentimiento.

-Esté tranquilo, todo saldrá bien y es probable que sea a la primera. Eso sí, es muy importante que recuerde nuestras instrucciones y las siga al pie de la letra. No olvide que el personal de mi empresa estará siempre cerca de usted para ejecutar su parte del plan y, si fuera necesario, también para ayudarle, aunque seguramente esto último no será necesario. Tenga -y le entregó una bolsa cuyo interior quedaba oculto-. No la pierda, aquí radica el éxito de la misión.

* * *

El Genio de la Lámpara se acercó hasta el lugar en el que se encontraba su lámpara okupada silbando una melodía pegadiza. Como muestra de buena voluntad, al menos teóricamente, días atrás la había depositado en el lugar donde se encontraba antes de su allanamiento, levantando el contraconjuro que impedía al okupa salir de ella.

Dejó cuidadosamente en el suelo la bolsa y dio unos golpecitos con los nudillos en la boca de la lámpara para llamar la atención de su *inquilino*, no sin antes mirar con preocupación en torno suyo. No se veía a nadie, pero el dueño de la empresa antiokupación le aseguró que su empleado estaría allí.

-¿Quién es? -se oyó la voz de Ruslam con tono fastidiado-. Estoy harto de decir que no quiero ni vendedores ni propaganda.

-Soy yo, tu... anfitrión -respondió el Genio tragándose la irritación-. Vengo a hacerte una propuesta.

-Considérate uno de ellos y lárgate de aquí. No tengo que hablar nada contigo.

-Yo que tú escucharía lo que tengo que decirte. Creo que es una propuesta beneficiosa para ambos.

-No me fío, ni de ti ni de nadie -pero desdiciendo sus palabras asomó la cabeza por la boca de la lámpara, poniendo cuidado en mantener dentro el resto del cuerpo.

El okupa, o al menos lo poco que se veía de él, era un individuo de color cetrino y aspecto malencarado, y su ademán mostraba que no estaba para bromas.

-“Esto no puede salir bien” -pensó el Genio sintiéndose invadido por el pesimismo-. Este individuo sabe de marrullerías mucho más que yo”.

No obstante no se amilanó y siguió adelante lo mejor que pudo con el plan establecido.

-No te pido que te fíes de mí, sólo que me escuches -insistió fingiendo mansedumbre-. No te voy a ocultar que mi primera reacción fue la de ir a denunciarte, pero tras haber sido asesorado llegué a la conclusión de que no merecerían la pena los esfuerzos, el tiempo y el dinero gastados hasta lograr echarte si conseguía que llegáramos a un acuerdo, si no amistoso, sí por lo menos satisfactorio para las dos partes.

-Explícate.

-Es sencillo. Resulta evidente que lo que tú deseabas era contar con una vivienda digna, de igual manera que yo deseo recuperar la mía. Así pues, tras haberme asesorado llegué a la conclusión de que lo más práctico sería ofrecerte otra a cambio de que

desalojaras ésta. Por lo tanto, la compré en el mercado inmobiliario y ahora vengo a ofrecértela.

Dicho lo cual tomó la bolsa que había llevado consigo y sacó de ella un artístico samovar dorado con incrustaciones de perlas y piedras preciosas.

-¿Te gusta? No es plata ni otro metal sobredorados, es oro puro. Y las piedras son esmeraldas, rubíes, topacios y zafiros, junto con perlas auténticas procedentes del Golfo Pérsico.

Evidentemente le gustaba, y mucho a juzgar por el brillo codicioso de sus ojos. Pero al mismo tiempo, se acrecentó su desconfianza.

-¿Me tomas por un estúpido? -le espetó-. Ese samovar es infinitamente más valioso que tu mugrienta lámpara, y a juzgar por el exterior con el interior debe e pasar lo mismo. Es digno de un príncipe, y muy ingenuo tendría que ser yo para creerme que renuncias voluntariamente a él a cambio de la lámpara, sobre todo contando con lo que te ha debido de costar comprarlo. Haciendo un chiste malo, se podría decir que aquí hay genio encerrado.

-Te aseguro que no hay tal -el genio tragó saliva; ahora llegaba la parte más delicada del proceso-. Para empezar sí es cierto que no resultó barato, aunque ni mucho menos tan caro como pudiera parecer; tuve la suerte de pillarlo en una subasta tras haber sido embargado a su anterior dueño, y resultó una auténtica ganga. En cuanto a que yo no lo prefiera frente a mi lámpara también tiene fácil explicación: lo compré como inversión, no para vivir en él; es demasiado ostentoso para mis gustos, pero le podré sacar un buen rendimiento vendiéndolo o alquilándolo.

-Eso estaría muy bien de no encontrarme yo por medio -porfió el desconfiado okupa-. Porque suponiendo que accediera a tu propuesta, no podrías hacer ni lo uno ni lo otro.

-A corto plazo no, eso es evidente. Pero hice mis planes y mis asesores económicos dieron el visto bueno. La cuestión está en que no te lo voy a regalar ni voy a permitir que vivas gratis en él; mi idea es cedértelo en alquiler cobrándote una cantidad razonable que tú puedas asumir, inferior a los precios de mercado.

-Seguirías sin hacer negocio.

-No, porque lo contemplo como una inversión. De momento me conformaría con cubrir gastos; pero, seamos sinceros, tarde o temprano tendrás que buscar una solución al problema de tu alojamiento, y te recuerdo que el expediente de desalojo sigue abierto, aunque en el caso de que aceptaras éste quedaría sobreseído. Por mi parte yo te permitiría vivir en el samovar, con un contrato firmado y garantizado, el tiempo necesario hasta que pudieras ser beneficiario de una vivienda social, para lo cual te ayudaría gracias a mis

contactos. Mientras tanto yo habré solucionado el problema de mi alojamiento y, no lo ocultó, mi benevolencia contigo me servirá de publicidad positiva para rentabilizar mi inversión, mientras tú te permitirías el lujo de vivir a cuerpo de rey durante un tiempo. Además no me corre prisa, el mercado inmobiliario está ahora mismo estancado y prefiero esperar a que mejore para obtener mayores beneficios.

Bien, ya estaba dicha la parrafada. Sólo quedaba esperar a que mordiera el anzuelo. Pero era escurridizo como una anguila.

-Todo eso suena muy bien, pero sigo sin verlo claro.

-¿Qué deseas que te muestre? ¿El contrato de arrendamiento? Aquí lo tienes -y desplegó ante él un texto que en el mundo de los humanos se consideraría un holograma-. Puedes quedártelo y leerlo tranquilamente antes de decidir si lo firmas o no.

Un gruñido fue la única respuesta, aunque aceptó la propuesta de guardar el documento.

-Asimismo, me gustaría invitarte a que visitaras la que sería tu nueva residencia, estoy convencido de que te gustará más que donde estás ahora.

-Y mientras tanto, tú aprovecharás para sellar la lámpara dejándome con dos palmos de narices.

Aunque los genios no sudan, Dragut se sentía como si estuviera en el interior de una sauna, y no precisamente por el calor.

-No es esa mi intención, pero en cualquier caso te recuerdo que ya cuenta con tu conjuro y que yo fui incapaz de romperlo. Te propongo que lo levantes inmediatamente después de salir; que me lleven los ifrits si intento violarlo o impedir que puedas volver a entrar.

Tras lo cual se volvió de espaldas para demostrar lo sincero de su afirmación. El okupa, todavía desconfiado, fue saliendo poco a poco de la lámpara sin perder de vista un solo instante a su rival, el cual tenía fijada la atención en una lagartija a la cual, mediante un ensalmo menor, había transmutado las cuatro patas en otras tantas ruedecillas, lo cual tenía completamente desconcertado al pobre animalito.

Ruslam terminó de salir con sigilo y rápidamente procedió a conjurar el cierre de la lámpara, al que reforzó con unos cuantos ensalmos. Dragut, todavía de espaldas, preguntó:

-¿Ya estás listo?

Y asumiendo el silencio como un asentimiento tácito, se volvió sin prisas después de devolverle las patas a la martirizada lagartija, a la que recompensó con unas hermosas alas de murciélago.

Fue entonces cuando pudo ver a su rival de cuerpo entero, comprobando que el raído aspecto de su cabeza se extendía al resto del escuchimizado cuerpo. Para ser un genio, se dijo, era una auténtica birria. Pero ya se sabe que, pese a todos sus poderes, los genios tienen vetado modificarse a ellos mismos o a sus congéneres, como modo de evitar posibles conflictos. Obviamente, no lo dijo.

-Pues ahora -continuó con una falsa sonrisa que esperaba no pareciera tal-, tienes a tu disposición la que podría ser tu futura residencia si aceptas sellar conmigo el trato -concluyó, al tiempo que le invitaba a hacerlo con el brazo extendido.

Éste no se hizo rogar cual si se sintiera inerte fuera de su refugio, y de un salto se desmaterializó introduciéndose por la boca de tentador samovar.

A partir de entonces todo fue endiabladamente rápido. Un desconocido surgido de la nada, según todos los indicios el empleado enviado por la empresa antiokupación, se plantó ante el samovar y realizó un complejo conjuro antes de que el Genio pudiera darse cuenta siquiera de su presencia.

-Ya está -le dijo a modo de saludo-. Okupa desokupado -rió su propia gracia-. Y enhorabuena por su actuación, estuvo muy convincente.

-Gracias, pero ¿cómo entro ahora a mi casa? Sigue estando cerrada.

-¡Oh, por eso no se preocupe! Estos individuos se creen muy listos comprando en el mercado negro unos conjuros que les venden como poderosos; y en realidad lo son. Lo que ignoran es que tienen una puerta trasera de la que sólo nosotros poseemos la llave y, por lo tanto podemos abrir; al fin y al cabo todo sale del mismo sitio.

Hizo unos signos cabalísticos, pronunció unas frases en un idioma desconocido y exclamó:

-Listo. La entrada está expedita. Eso sí, le recomiendo que la asegure con un buen conjuro de cierre cada vez que salga de casa. En los tiempos que corren hay que tomar todo tipo de precauciones, por desgracia.

-Sí, no cometeré el error de nuevo, estoy escarmentado. De hecho tengo uno bastante bueno, el del Mago Merlín.

-Lo conozco; es verdad que era bastante seguro, pero hoy en día resulta bastante fácil de saltar para alguien experto. Ahora los hay mucho mejores, nosotros disponemos de

varios prácticamente inviolables que ofrecemos a nuestros clientes a precio especial; por supuesto, sin puerta trasera de ningún tipo -sonrió-. A diferencia de los otros, son completamente legales y están homologados y garantizados por el fabricante. Si lo desea, ahora mismo puedo darle a probar uno sin ningún compromiso.

-Está bien. Pero, dígame, ¿qué pasará con este individuo? Está encerrado, es cierto, pero ahora el problema se lo he endosado a ustedes, que al fin y al cabo son los propietarios del samovar dorado. El infeliz se tragó el cuento de que era mío y se lo prestaba generosamente...

-¡Oh, no se preocupe por eso, está todo controlado! -le respondió tras aplicar el conjuro a la lámpara y entregárselo para que lo guardara-. De momento le dejaremos salir de allí si quiere... que querrá -concluyó con una estruendosa carcajada.

No había acabado de deshacer el conjuro del samovar cuando el burlado okupa salió de allí hecho una furia, todavía más cuando comprobó que no podía volver a su antiguo refugio.

-¡Traidor, perro, miserable gusano, ojalá te estrangulen con tus propias tripas y te arrastren hasta quedar despedazado! ¡Ojalá roan las hienas y los chacales tus podridos huesos! ¡Me mentiste cuando juraste que no harías nada que me impidiera volver!

-Y no lo hice, te aseguro que no moví un solo dedo. Eso lo hizo este señor al que, dicho sea de paso, yo no conocía de nada. Pero no te quejes, sigues teniendo disponible el palacio.

-¿Qué palacio? -aulló desesperado-. ¡Éste ha sido otro engaño todavía peor, por dentro es una lata de refresco!

Extrañado, el Genio volvió la mirada a su cómplice que, riendo de nuevo, deshizo el conjuro que mantenía encantado al exterior del samovar, revelando su verdadera naturaleza: una prosaica lata de Coca Cola.

-Éste era nuestro as oculto -explicó éste una vez pudo poner freno a las carcajadas-, camuflar un vulgar envase como si de una singular obra de arte se tratara. No le engañó mi jefe, casi todos acaban picando; ya se sabe, la avaricia rompe el saco.

-Tan secreto que no lo sabía ni yo -protestó débilmente el Genio, satisfecho por el resultado pero molesto por no haber sido advertido-. Ciertamente me extrañó que no les importara poner tamaño tesoro en manos de este gahnápiro, y así se lo dije; pero me respondió que no me preocupara, por lo que supuse que tendrían la manera de echarlo de allí posteriormente.

-Le presento mis disculpas en mi nombre y en el mi empresa, pero era importante que usted no lo supiera, ya que de lo contrario le habría restado verosimilitud a su interpretación. Es mucho más fácil engañar cuando se desconoce la verdad.

A todo esto el ex okupa, olvidado por ambos, seguía dando saltos y despotricando sin que le hicieran el menor caso.

-Disfruta de tu nueva residencia -se despidió de él el empleado-. La empresa es tan generosa que te la regala; no es muy lujosa, pero sí acogedora. Aunque tendrás que tener cuidado, no vaya a acabar en el contenedor de envases metálicos.

Riendo ambos y, tras recoger el Genio la lámpara guardándosela en el bolsillo, se encaminaron a la sede de la empresa antiokupación para que éste abonara los servicios prestados.